

DESPEDIDA A LOS COMPAÑEROS EGRESADOS 2001

Siempre me pregunté quién se lleva la peor parte en una despedida: si el que se va o el que se queda. Y creo que los motivos que dé cada uno serán válidos.

Nosotros, los que nos quedamos, porque sentiremos esta despedida como una pérdida más, porque se irán amigos y compañeros (aquellos que nos enseñaron y contuvieron tantas veces) y porque quizás, al identificarnos con ustedes, estemos teniendo una vivencia anticipada de nuestro propio egreso y despedida. Ustedes, los que se van, además de separarse de amigos y maestros, deberán afrontar una nueva realidad, un nuevo ambiente, otra ciudad, quizás otro país...

Por un momento dejemos llevar la imaginación unos años atrás, cuando la Residencia aparecía como lo más aconsejable. Alguna vez escuché decir que «para muchos representaba una manera *VIP* de formación de post grado. Para acceder a ella se necesitaba o bien apoyo familiar, o ausencia de necesidad de apoyo a la familia. Novios demandantes (con derecho o sin él), flamantes esposas, padres enfermos que requerían manutención, hijos reales, en camino o en proyecto, conspiraban contra el espíritu de sacrificio y el deseo de superación».

Quienes hoy nos dejan seguramente recordarán su llegada al Hospital, a esa estructura imponente, desconocida, llena de intrincados laberintos, donde uno fácilmente podía perderse sin siquiera saber a quién preguntar dónde finalizaba el recorrido. ¿Quién no terminó alguna vez en el comedor...cuando sólo buscaba una glucemia, sintiendo la mirada entre irónica y compasiva de los ya veteranos residentes que finalizaban primer año?. Ellos los veían como salvadores que llegaban para liberarlos de la pesada carga cotidiana y también, al mismo tiempo, como sus potenciales víctimas.

No fue fácil llegar a este día, al final de la meta. Atrás quedaron los días en que hicieron añicos su orgullo para aceptar una crítica, las broncas pasajeras por considerarse incomprendidos o poco valorados, el desconcierto inicial o la prudencia obligada ante familiares litigantes o «viscosos».

Fueron para nosotros los responsables de que las tareas que nos eran destinadas las viviéramos como un aprendizaje o como una carga, como un «derecho de piso» que debíamos pagar los «recién llegados». Porque no fue lo mismo para nosotros, por ejemplo, revisar un paciente siendo avalados por ustedes, quienes nos pedían no sólo nuestro probable diagnóstico, sino también diagnósticos diferenciales, y nos impulsaban para seguir estudiando en la «soledad» de nuestras casas, que emprender ese «riesgo» solos.

¡Cómo olvidar en esos días las tarde cálidas del verano marplatense, cuando algún sádico les recordaba las brisas frescas del mar o el actualizado bronceado de las playas!. ¡Cómo olvidar que para la gran mayoría, todo eso era sólo una postal recreada en el quirófano o en algún cálido consultorio!.

Seguramente no olvidarán aquel agradecido cambio de guardia, el día que se casaba nuestro mejor amigo, o eran imprescindibles en la final de un campeonato de fútbol.

Y permítanme recordar, por que no, las corridas nocturnas del Dr. del Cid, en busca de ingresos inexistentes, o a la Dra. González, de quien aprendí desde hacer una punción pleural, hasta cómo organizarme económicamente para llegar a fin de mes, o al Dr. Boretti, con quien compartí la nostalgia recordando nuestra querida Rosario.

Y quizás coincidirán conmigo en que no fue fácil en estos años, no sucumbir ante algunos de los siete pecados capitales. Quien no pasó alguna vez, por ejemplo, por la «gula», los miércoles de pescado en el comedor, o la «envidia», cuando los que hacían la Guardia un día feriado eran ustedes y no su compañero de año, o la «pereza», cuando el radio sonaba a las 4.40 con el clásico «paciente en guardia». Quién no sintió «avaricia», cuando el apetitoso obsequio de un paciente agradecido se protegía como en la cueva de Alí Babá, o quizás «lujuria», cuando nuestro cuerpo se relajaba en una noche de guardia, alucinando con un confortable sommier. O tal vez «soberbia» cuando el diagnóstico dado por ustedes era el correcto, o «ira», cuando justo el único dato de laboratorio que no tenían, era precisamente el que solicitaba el jefe.

Podrían ser innumerables los recuerdos de nuestro paso por el Hospital durante años, pero quisiera, al despedirlos, recordarles que, si bien para la cultura postmoderna «se es lo que se tiene», aprendan a ser valiosos por sus obras y que sigan creciendo para no envejecer en sus vidas y en su profesión. Porque nadie espera que la paloma sea más paloma, o que el león sea más león, pero todos esperamos que el hombre sea más hombre.

Esperamos:

- Que puedan tener verdaderos ideales, porque si bien éstos no se alcanzan plenamente, ayudan a caminar en la vida.

- Que se glorifiquen de los avances de la ciencia, pero que no pierdan la sabiduría, porque los científicos podrán ayudar al hombre a durar más tiempo y vivir más confortablemente, pero sólo los sabios los ayudarán a descubrir el sentido de la vida, para seguir viviendo.

- Que puedan valorar las lágrimas que conmueven, porque muestran la impotencia de los que sufren.

- Que sepan comprender, porque comprender es vibrar con los sentimientos del otro, sin confundirse con él.
- Que aprendan a descifrar en los ojos, la mirada del prójimo, cuando expresa su dolor, su pedido de ayuda, su desesperanza.

De hecho, ustedes no son los mismos que cuando llegaron. Adquirieron experiencias de vida, más seguridad y autoestima, más saber, más calidad humana, más actitud y aptitud para servir, que cuando ingresaron. Son, sin duda...mejores.

Les deseamos finalmente, mucho optimismo y esperanza, para que puedan abrir su camino y acepten el desafío de los tiempos, porque el camino que les corresponde recorrer no está trazado, porque nadie jamás lo recorrió.

Y si bien descontamos que encontrarán las claves de su propio éxito, no olviden que para ser un buen médico se necesitará siempre, además de ciencia, conciencia y corazón.

Y de todo lo vivido, como alguien dijo alguna vez, quizás, con el paso de los años, sólo queden «...algunas pocas fotos, lugares evocadores, algún viejo amor, algunos alejamientos, quizás reencuentros, ningún rencor. Simplemente, otra época».

Dra. María Fabiana Antía
Residente del Servicio de Neurología del HPC